

LA CABEZA COLOSAL DE COBATA

Por Beatriz de la Fuente

En el año de 1970, cuando se llevaba a cabo el Proyecto Olmeca de los Tuxtlas bajo la dirección de los arqueólogos R. Squier y F. Beverido, se descubrió una Cabeza Colosal en la ladera del cerro El Vigía, cercano al poblado de Santiago Tuxtla en el estado de Veracruz. Con ésta suman ya quince las Cabezas Colosales procedentes de diversos sitios enclavados en el centro de la región en donde floreció, hace tres milenios, la cultura olmeca.

La Cabeza en que ahora me ocupo, conocida como la de Cobata por haberse localizado en los terrenos del rancho que lleva ese nombre, es la de más reciente hallazgo, y me interesa en particular porque muestra una serie de rasgos formales y de representación que la distancia considerablemente de las otras. Las diferencias son tan notables que me han llevado a considerarla una obra no olmeca, cuando más tallada en una época de consunción de la cultura, cuando el estilo artístico se muestra transformado y sustituido en sus rasgos esenciales.

El hallazgo, según me informó Beverido, fue fortuito; la Cabeza estaba apenas bajo tierra, y asomaba en la superficie su parte superior. El observar esa porción que sobresalía, pulida y ligeramente hemisférica, fue suficiente para saber que se trataba de una piedra intencionalmente tallada, por lo que se procedió a despejar la tierra en torno de ella. Libre ya del relleno que la ocultaba, surgió la presencia gigantesca de la Cabeza.

Se encontraba colocada sobre su base en posición normal y, por las ofrendas a ella asociadas, puede afirmarse que fue ritualmente sepultada. Frente al rostro, a la altura de los labios, en el lado izquierdo, estaba una ofrenda consistente en un plato de cerámica "naranja fino", dentro del cual fue colocado un cuchillo de obsidiana de unos doce centímetros de largo que apuntaba al norte magnético, trazando una línea virtual que cruzaba diametralmente la cabeza. El rostro estaba orientado hacia el sur. Cuando fue removida de su lugar, se continuó excavando hasta los setenta centímetros de profundidad; los hallazgos cerámicos depositados bajo su base corresponden al periodo clásico tardío (entre 600 y 900 d.C.), y son posiblemente contemporáneos a la ofrenda. La Cabeza pudo haber sido enterrada ceremonialmente siglos

después de que fue tallada, y las ofrendas no indican, necesariamente, que correspondan a esa misma época.

De entre las Cabezas Colosales, la de Cobata es la más grande; mide 3.40 metros de altura, 3 metros de ancho y 3 de espesor (lám. 1). Es enorme bloque pétreo de superficies más o menos redondeadas, claramente recortado en su tercio superior por la banda del tocado realzada horizontalmente. Su apariencia total no es, sin embargo, uniforme. Si vista de frente su aspecto es el de un cubo desigual, ya que tiene la base más amplia que la parte superior, de lado aparece como un grueso cono truncado; por la parte de atrás se aprecia cómo aumentó el ensanchamiento de la base. La desigualdad de la apariencia se debe a que la piedra no fue regularmente cortada; es así como, por el lado izquierdo, hay un corte anguloso que la desprende del suelo, y por el lado contrario se conservó sin modificar la forma natural del bloque, de manera que se apoya totalmente sobre el suelo. No cabe duda: a pesar de las imperfecciones en la estructura total, de la enorme mole emana una fuerza extraordinaria, acaso porque la monumentalidad y la pesantez son excesivas. Su arraigo a la tierra es de tal magnitud que parece una elevación natural de la misma; en su gigantesco aplomo, no llega a desprenderse de ella.

Pero la Cabeza de Cobata, si bien es un volumen que ocupa un lugar en el espacio, no está ejecutada como escultura en tres dimensiones. El bloque, ya se dijo, está seccionado por una proyección horizontal que separa el rostro de un hemisferio aplanado a manera de remate superior: el tocado. Los rasgos faciales y los pendientes van trabajados en un relieve tan bajo, que quedan inscritos dentro del resalte de la banda y en nada modifican la configuración total. Se trata, pues, de un bloque cuboide tallado con bajo relieves. Por otra parte el relieve es bajo, pero no plano; hay una vaga conciencia del modelado de las formas. Así, se miran depresiones en las cuencas orbitales, en la base de la nariz y hacia los lados de la boca, y proyecciones apenas insinuadas en los párpados, en los carrillos y en la curvatura de la nariz. La superficie del rostro impresiona porque se aprecian en ella áreas duras y carnosas, como si los músculos bajo la piel estuvieran rígidos y quietos.

Ciertamente no hay individualidad en los rasgos; el entrecejo es un ligero resalte horizontal que se continúa a los lados por las cejas, líneas angulosas, curvadas e irregulares; la derecha es sinuosa, mientras que la izquierda describe una línea más regular que acentúa la cavidad or-

bital. Los ojos, cerrados, tienen párpados abultados que se cortan por una incisión horizontal: el derecho es poco voluminoso y de menor extensión que el izquierdo. La desigualdad entre ambos ojos es muy notable. La nariz, aplastada en la punta, se ve de frente recortada en su silueta; está rehundida en forma de canal en su nacimiento, y las aletas y la base se integran sin mostrar las fosas nasales. Vista de lado, tiene forma de gancho. La boca, de labios anchos y planos, está cerrada. El labio superior es como una banda curva hacia abajo, perfilada por un resalte; cuelga a los lados de manera irregular, enmarcando el labio inferior. Este último es recto pero desigual, de manera que en tramos parece que se encima sobre el labio superior. Las orejas están desplazadas hacia atrás, son largas y estilizadas; su parte superior es una serie de tres elementos en forma de gancho, que embonan uno dentro de otro; la inferior es un lóbulo, muy ancho, carente de detalles (lám. 2).

El tocado que usa está compuesto por una banda inferior lisa, a la altura de la frente, y un casquete hemisférico sin ornamentación. Por abajo de la banda cuelgan, frente a las orejas, unas tiras anchas, que terminan por encima de la orejera. Son copias de las jaladeras que en los modelos naturales deben de haber servido para ceñir a la cabeza los tocados.

Las orejeras no perforan, como es usual en otras Cabezas, el lóbulo, sino que van figuradas como elementos muy planos que se prolongan por el frente como parte de la oreja. Están constituidas por una barra plana en la parte posterior y una sección abocinada hacia el frente. Tanto el tocado como las orejeras son semejantes a las dos Cabezas Colosales de Tres Zapotes (monumentos A y Q).

He señalado líneas arriba la irregularidad en la conformación general de la masa escultórica, así como la desigualdad en la representación de los rasgos faciales; de ahí la sensación de desequilibrio que produce y que en ella impresiona, sobre todo cuando se la mira de frente. Presenta, sin embargo, cuando se la analiza cuidadosamente, un cierto orden, un patrón estructural que rige la totalidad de la composición. La mala calidad de la factura, que no es otra cosa que el descuido artesanal, oscurecen el principio de estructura que determina y justifica la relación de las diferentes partes, representativas y formales, entre sí.

Cuando se aplica a la Cabeza de Cobata el rectángulo áureo ABCD (lám. 3) es decir, el rectángulo compuesto por el cuadrado EFCD y la sección rectangular ABFE, cuya altura guarda una proporción de 0.618

en relación con la medida de los lados de dicho cuadrado, encontramos que, aunque no se ajusta del todo la forma total de la cabeza a la proporción de oro, es evidente que en su estructura hay un principio armónico derivado de este canon de composición.

El rectángulo enmarca exclusivamente el rostro; sus límites periféricos coinciden con los bordes externos de las bandas laterales del tocado y de las orejeras; por afuera lo rebasa, a cada lado, una sección amplia y curvada, la porción lateral de la cabeza, la cual contribuye a la apariencia cuboide del volumen total. La curva que describe la parte alta del casquete no alcanza el límite superior del rectángulo; de ahí el aspecto de aplomo y de pesantez excesiva. No hay correspondencia armónica entre la base y la altura. Los rasgos faciales, que son los elementos de mayor interés plástico, se concentran en el cuadrado de base EFCD; la línea superior del mismo, EF, queda un poco por encima del resalte de la banda del tocado. Es notable cómo el punto central de convergencia de todas las líneas ejes del cuadrado GHIJ es la parte media del entrecejo, a la vez vértice del triángulo KLM, en donde queda inscrita la nariz; la base de ese triángulo es, por su parte, una línea que coincide con el reborde horizontal del labio superior, y el punto en el que cruzan las líneas CE, EN, DF y DN, señalaría el estrabismo visual si los ojos estuvieran abiertos. La boca limitada horizontalmente por las líneas ML, JI, y la disposición toda de los rasgos faciales, queda circunscrita a una reducida superficie escultórica, la porción central del cuadrado; por eso se les mira muy apretados y compactos.

Es explicable que al aplicar el sistema armónico de proporción áurea, destaquen de inmediato imperfecciones y defectos. No existe en el tratamiento de los ojos un solo trazo recto o una forma que se encuentre en simétrica concordancia con su opuesto, así como no hay en la boca y en el área que la rodea una suave transición entre las diferentes proyecciones y resaltes de la superficie. Pero es igualmente obvio que hay un esquema que rige la composición; no es casual la presencia de puntos focales de interés plástico como los arriba señalados.

En resolución, la Cabeza de Cobata tiene un patrón de composición que deriva, probablemente, del principio de proporción armónica que mantienen todas las clásicas Cabezas Colosales olmecas; pienso en primer lugar en las de San Lorenzo (lám. 4), y secundariamente en las de La Venta. Esto puede indicar que los tallistas de Cobata conocieron, directa o indirectamente, las otras cabezas, y en ellas se inspiraron o

inclusive pretendieron imitarlas. Pero los escultores de Cobata carecían de la sensibilidad y del perfeccionismo de aquellos que labraron las cabezas de San Lorenzo, y aun de la energía y del vigor que plasmaron los creadores de los rostros de las cabezas de La Venta. La Cabeza de Cobata revela un orden propio y diferente que rige su estructura, pero hay descuido evidente en su ejecución escultórica.

Queda asentado que la Cabeza de Cobata difiere, en su composición y en los elementos figurados, de todas las otras Cabezas Colosales; sin embargo, guarda cierto parentesco cercano con las que se encontraron en Tres Zapotes. No me voy a referir, por ahora, a la semejanza simbólica y conceptual que relaciona a todas las cabezas colosales entre sí; haré exclusivamente alusión a los elementos formales y representativos que en ellas muestran mayor similitud.

Las Cabezas Colosales denotan, si son observadas en conjunto, la presencia de tres estilos locales. Cada uno de los tres se puede distinguir debido a que se reconocen una serie de elementos que los integran. Así, las Cabezas de San Lorenzo (lam. 5), probablemente las más antiguas, son las de mejor factura, las más modeladas y las que mantienen inalterable un patrón armónico en su composición. En ellas la estructura total varía poco, quedando adaptada a un cuerpo geométrico casi perfecto: un prisma rectangular que conserva un definido canon de proporción áurea. Son, asimismo, las que dentro del orden absoluto de composición muestran mayor expresividad individual. El grupo de las Cabezas de La Venta (lám. 6), acaso posterior en el tiempo, es de calidad irregular; en ocasiones se cuida el pormenor en el labrado, pero en otras la talla es torpe y descuidada. Se procura mantener cierto principio en la composición, pero con menos rigor que en San Lorenzo, y la estructura tiende a apoyarse en un prisma casi cuadrangular; por eso aumenta la sensación de pesantez que de ellas emana. Sus cualidades expresivas, aunque vigorosas y enérgicas, son menos variadas que en San Lorenzo, y sugieren la repetición de un arquetipo más que el deseo de registrar el carácter personal.

En cuanto a las de Tres Zapotes, no constituyen rigurosamente un grupo estilístico local; cada una mantiene su individualidad plástica. El monumento Q o Cabeza de Nestepe (lám. 7), encontrado en los alrededores de Tres Zapotes, revela en su rostro una recia y firme personalidad. Es de todas las cabezas la de menor altura —1.47 metros—, pero esto no aminora su carácter monumental. Se la mira definidamente

modelada, se asemeja en la forma general a la Cabeza de Cobata, y su marcado prognatismo la relaciona con la Cabeza 4 de La Venta.

La otra Cabeza de Tres Zapotes, el monumento A (lám. 8), es un gran cubo con las esquinas redondeadas; los rasgos faciales no se desprenden del volumen, sino que quedan, como en la de Cobata, inscritos en bajo relieve en la conformación total. El patrón de composición se ha perdido y, consecuentemente, ha desaparecido la relación armónica de las partes. Si se traza imaginativamente un eje medio vertical que divida el rostro en dos mitades, se apreciará que éstas son notablemente desiguales. Lo que más resalta es la diferencia entre ambos ojos: el derecho, en forma de almendra, es más bien pequeño, en tanto que el izquierdo se mira, acaso por el estado de destrucción en que se encuentra, redondo y de mayor tamaño. Desequilibrio y falta de simetría semejantes presenta el rostro de la de Cobata.

Tenemos pues que la Cabeza de Cobata revela un parentesco con el monumento Q de Tres Zapotes, en cuanto a su estructura y a su composición, que parece derivar de la impecable composición áurea que se logra en las Cabezas de San Lorenzo. Asimismo se relaciona con el monumento A, también procedente de Tres Zapotes, por la desigualdad formal y la mala calidad en su fabricación. Quiero señalar ahora que el parecido entre estas dos últimas cabezas no se limita al aspecto de forma, sino que también hay semejanzas en la técnica.

Es conveniente recordar que la técnica del bajo relieve se establece en una época tardía del desarrollo de La Venta —acaso entre 800 y 600 a. de J.C.— y desde luego muy posteriormente al florecimiento de San Lorenzo —entre 1250 y 900 a. de J.C.—. La escultura tridimensional que predomina en las tallas de San Lorenzo cede su lugar, en las postrimerías de La Venta, al relieve que a partir de entonces ocupará un lugar de primacía entre las técnicas escultóricas de Mesoamérica y que durará varios centenares de años. La voluntad por realizar esculturas de bulto, tan propia del arte olmeca, quedará en el olvido por siglos y será revivida hasta la época de la hegemonía azteca, inmediatamente antes de la conquista española. Las dos cabezas a que aludo, el monumento A de Tres Zapotes y la de Cobata, son, entre todas las cabezas, las únicas que están trabajadas como bloques macizos con relieves exteriores; no hay en ellas verdadera realización escultórica.

Ciertamente se da entre ellas una diferencia del todo significativa: en tanto que la cabeza de Tres Zapotes tiene los ojos abiertos, la de

Cobata los lleva cerrados, como si tratara de representar la cara de un hombre muerto. Todas las otras Cabezas Colosales muestran los ojos abiertos, figuran sin duda a seres vivos. No hay en la tradición olmeca clásica, me refiero de modo principal a San Lorenzo y a La Venta, figuras con los ojos cerrados; éstas hacen su aparición en esculturas tardías talladas, posiblemente, en el ocaso de la cultura olmeca. Pienso en algunas piezas procedentes de Tres Zapotes y de sus inmediaciones, como por ejemplo la cabeza al extremo de la espiga del monumento F de ese lugar (lám. 9).

Tengo para mí, por lo antes dicho, que los rasgos mencionados, a saber, predominio del relieve sobre la escultura tridimensional, factura burda y descuidada y representación de ojos cerrados, anuncian el advenimiento de nuevos vocabularios plásticos, los cuales, si bien se encuentran todavía anclados en la vigorosa tradición escultórica olmeca, procuran y encuentran formas de innovadora expresión.

La Cabeza de Cobata fue hallada en un sitio vecino a Tres Zapotes; sus escultores deben de haber conocido los monumentos Q y A, que tal vez tuvieran años de fabricados, y tomaron de ellos, en especial del monumento A, elementos notoriamente visibles: las orejeras, el tocado, la desigualdad de los ojos, el bajo relieve circunscrito a la masa. Quisieron, por otra parte, superarla en grandeza y en monumentalidad, construyendo un auténtico coloso que impresionara por sus gigantescas dimensiones. Pero el hecho de que se representara a un hombre vivo con los ojos abiertos carecía, quizá, de significación para los tallistas portadores del espíritu de una nueva cultura, en la cual acaso tenía un sentido especial representar a hombres muertos, como parte de una nueva ideología encauzada a rendir culto a ese aspecto del ciclo de la naturaleza humana.

Ciertamente, las esculturas conocidas procedentes de la región de Tres Zapotes son muy heterogéneas; hay algunas que se pueden incorporar al gran estilo olmeca, aun en su época postrera, como los monumentos A y Q, y hay también otras que se distancian considerablemente de él: las Estelas y casi todo el resto de los monumentos, incluyendo el C. En el mismo cerro El Vigía se encontraron dos esculturas más, una de aspecto humano de probable filiación olmeca,¹ y una serpiente enroscada,² indudablemente no olmeca. Por desgracia no contamos con se-

¹ De la Fuente, Beatriz 1973. *Escultura Monumental Olmeca*. Catálogo. IIE. UNAM. México p. 126.

² *Ibid*, p. 269.

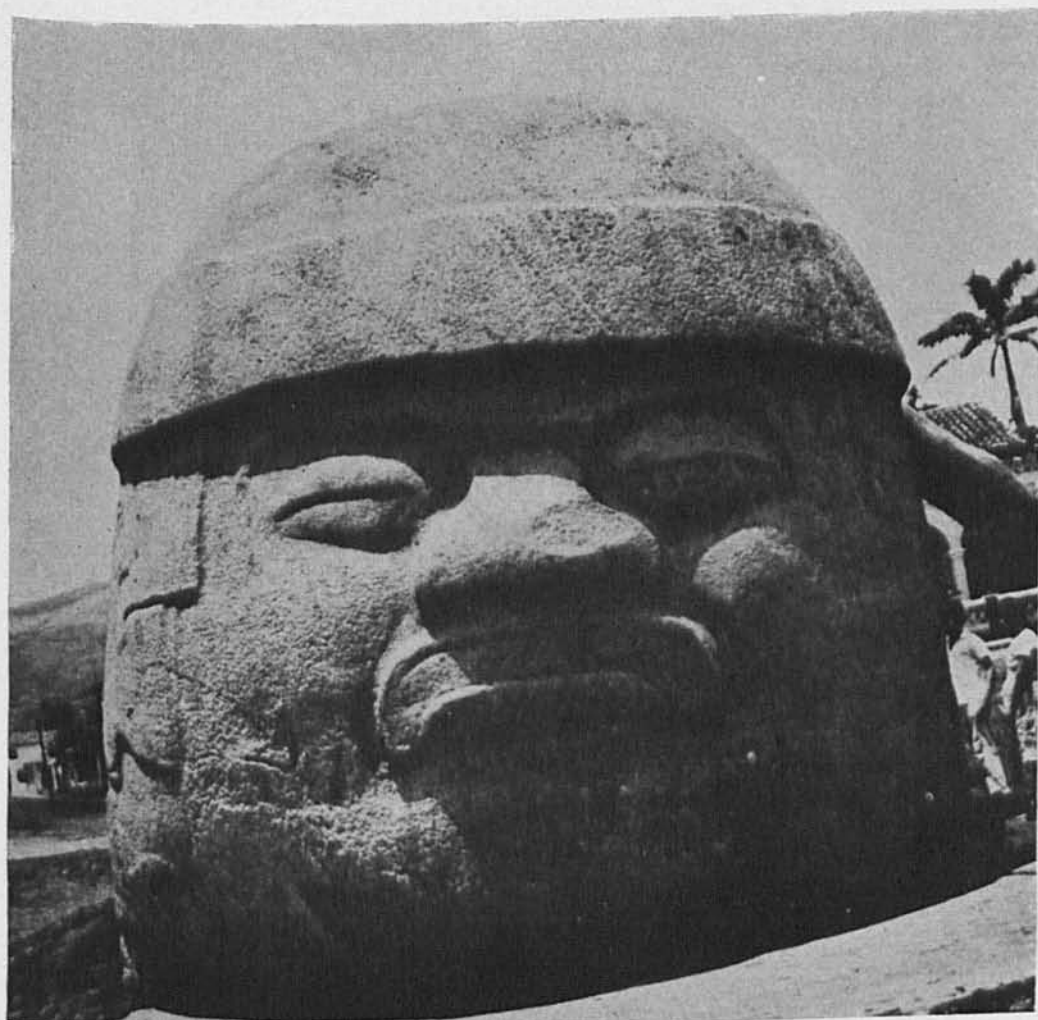
cuencias arqueológicas adecuadas en que apoyarnos, pero la variedad de estilos presente en esta región sugiere una secuencia temporal considerablemente amplia.

Cabe recordar que la Cabeza de Cobata estaba asociada con materiales del Clásico Tardío, si bien es cierto que tal asociación puede ser poco reveladora de la época en que la obra fue realizada; las grandes esculturas son, como dice Kubler:

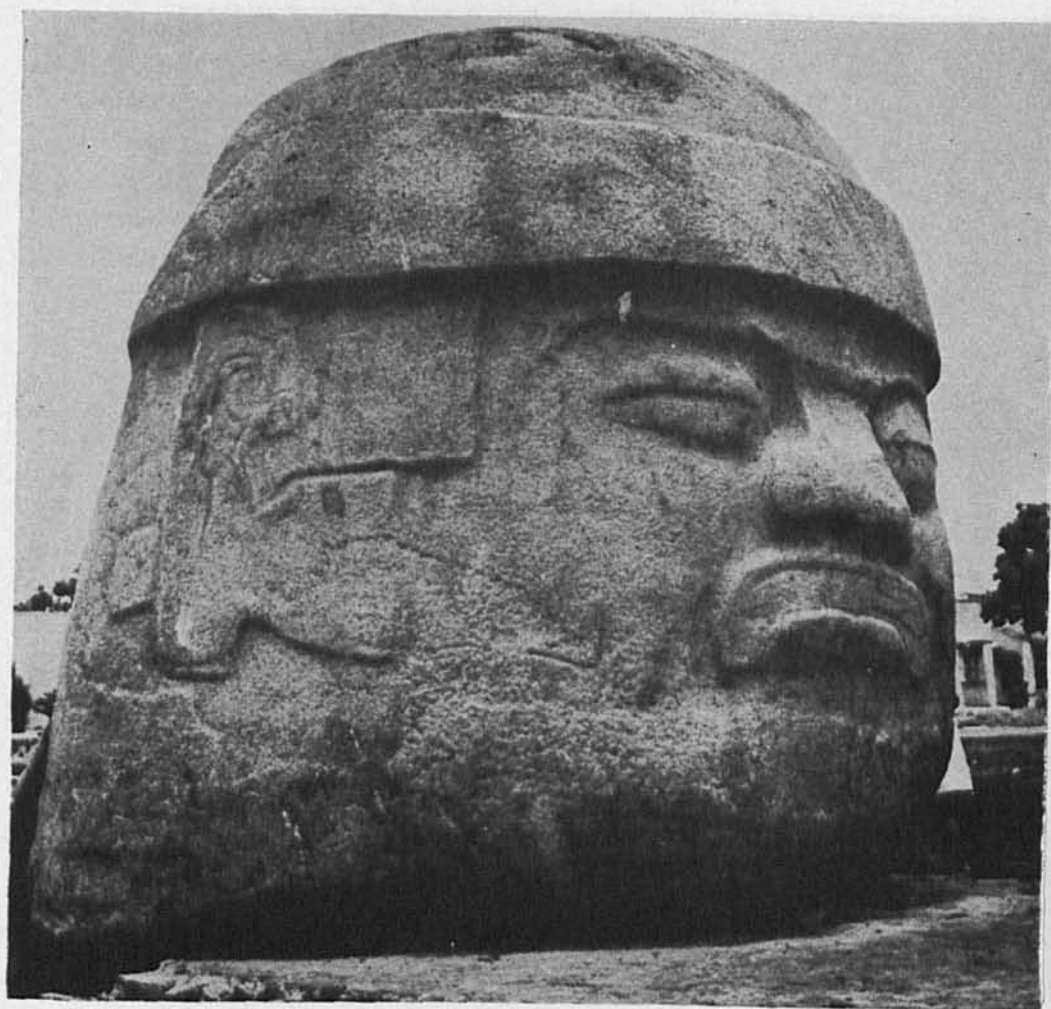
...Inquietas y raramente permanecen en un solo lugar. Se las usa una y otra vez, se las exhuma, se las transporta, se las mutila y se las repara para resurgir en donde y cuando existe necesidad de la gran escultura. Un antiguo megalito incorpora la tradición y por ello invita a su removimiento en tanto que resiste a la destrucción... Fechar megalitos por la evidencia arqueológica circundante y asociada, es como fechar una pieza de escultura por la arquitectura del museo que la contiene hoy en día.³

De cualquier modo, el diagnóstico del estilo sugiere francamente la ubicación tardía, no olmeca, de esta escultura excepcional.

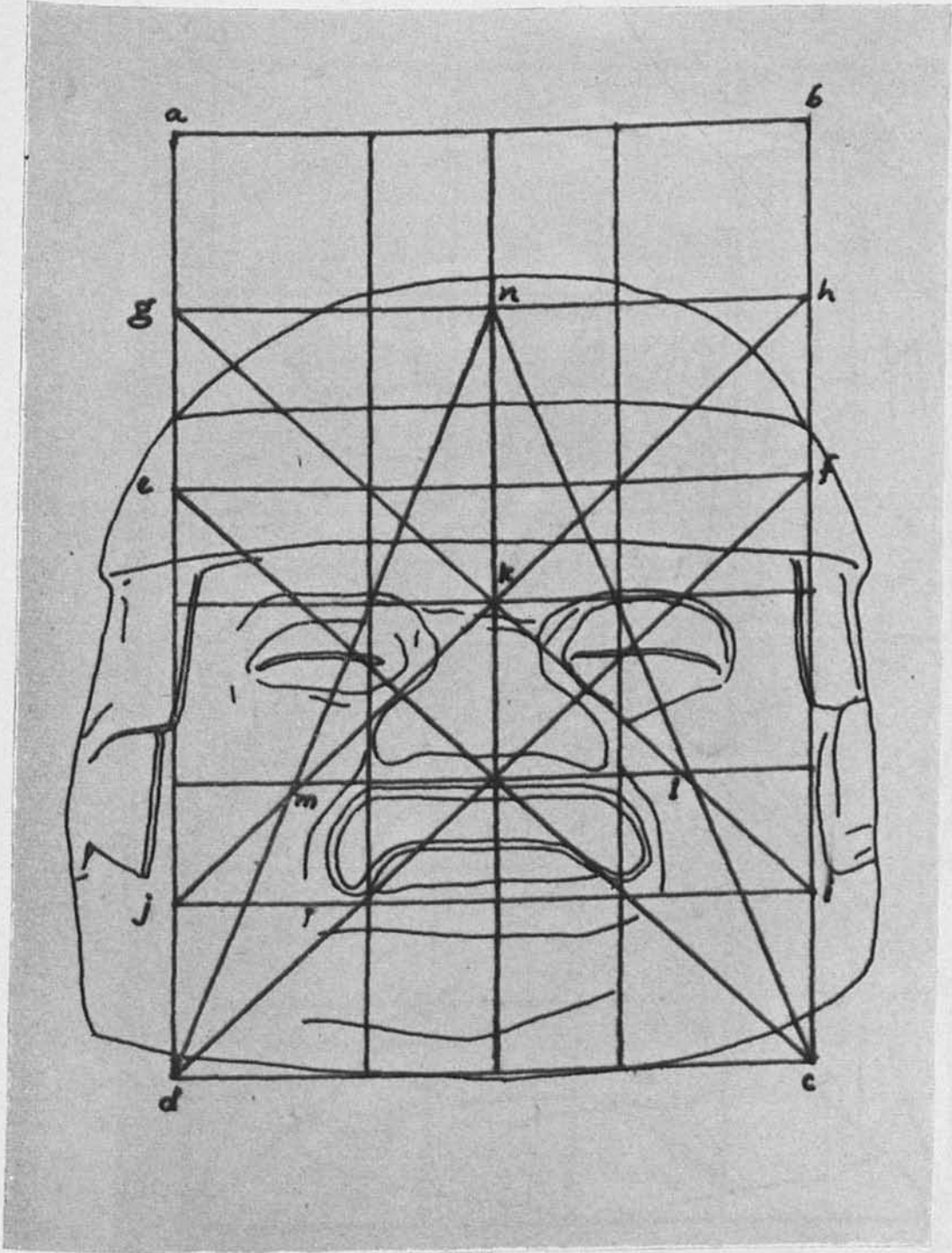
³ Kubler, George 1971. "Commentary on: Early Architecture and Sculpture in Mesoamérica." *Observations on the Emergence of Civilization in Mesoamerica, Contributions of University of California. Archaeological Research Facility No. 11.* Berkeley, California p. 162.



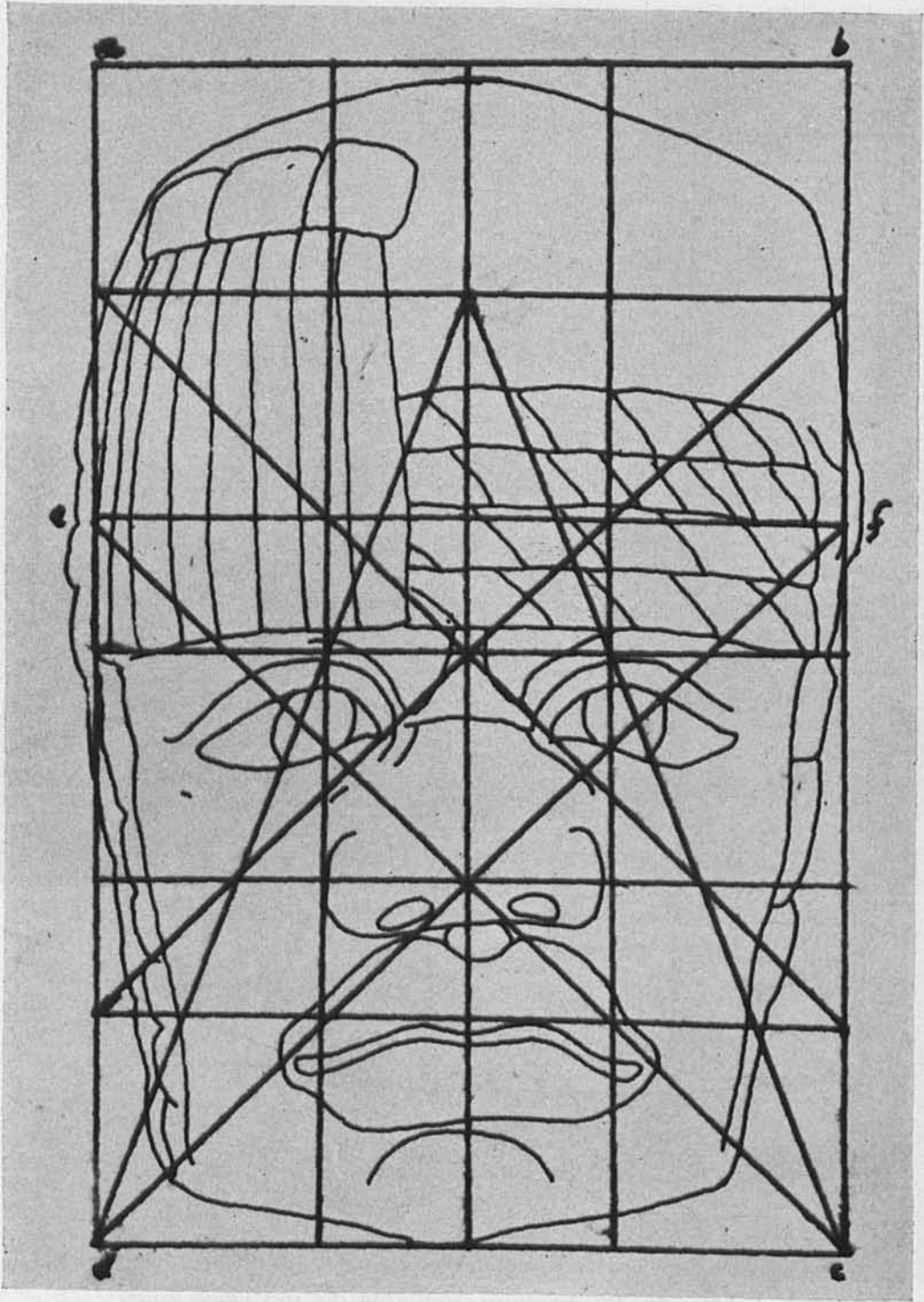
1. Cabeza Colosal de Cobata, Vista de frente. Foto F. Beverido



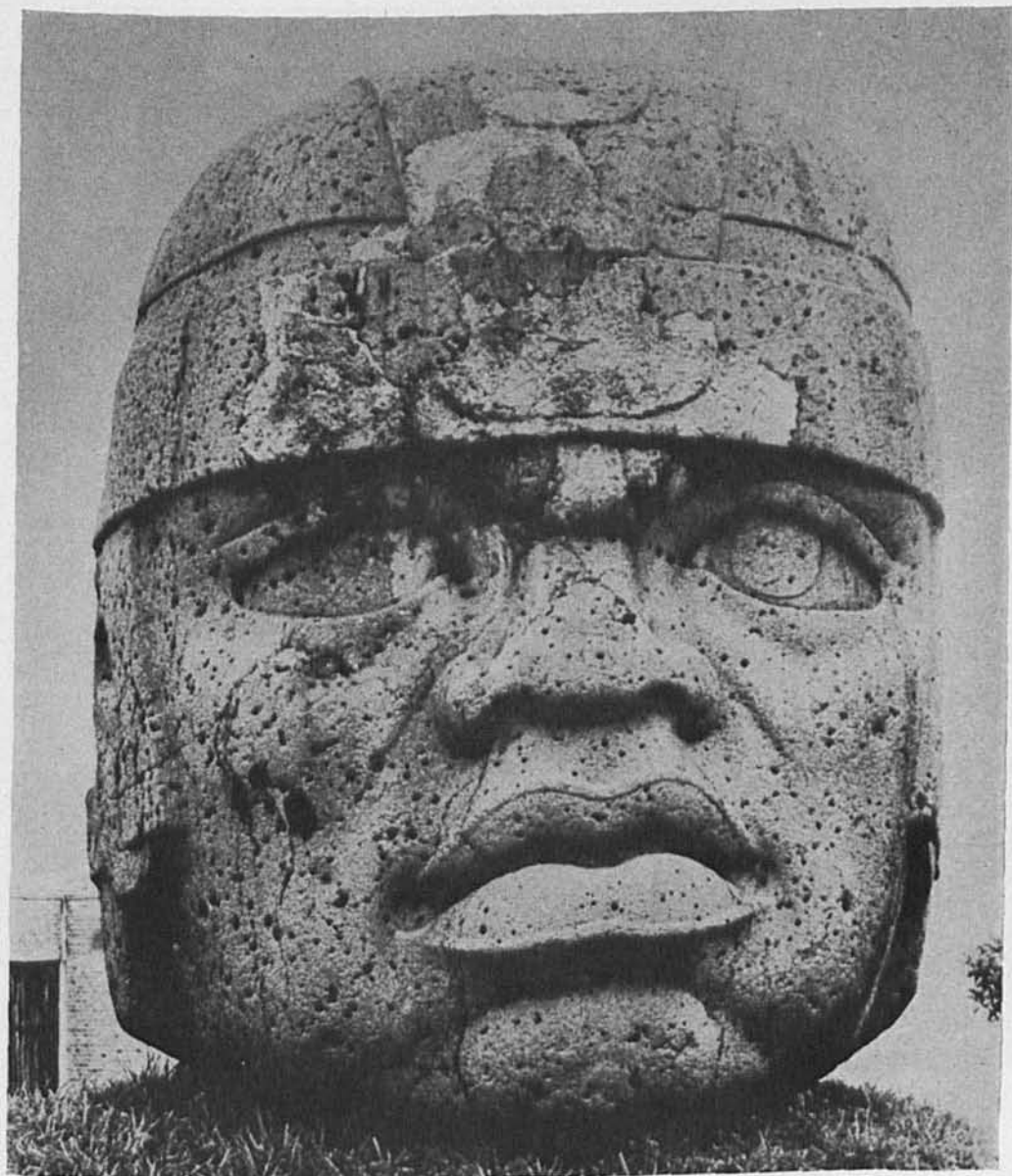
2. Cabeza Colozal de Cobata. Vista de perfil, Foto F. Beverido



3. Cabeza Colosal de Cobata. Análisis armónico, aplicación del rectángulo áureo



4. Cabeza Colosal número 4 de San Lorenzo. Análisis armónico, aplicación del rectángulo áureo



5. Cabeza Colosal número 1 de San Lorenzo. Foto B. de la Fuente



6. Cabeza Colosal número 1 de La Venta. Foto B. de la Fuente



7. Cabeza Colosal, monumento Q de Tres Zapotes



8. Cabeza Colosal, monumento A de Tres Zapotes. Foto W. Zehnder



9. Monumento F de Tres Zapotes